



Selección
films
de amor
50cts

Conrad Veidt



Guillermo Tell



SELECCION FILMS DE AMOR

REVISTA QUINCENAL CINEMATOGRAFICA

SUMARIO:

Biografía de

SYLVIA SIDNEY

Argumento de la película

GUILLERMO TELL

COCK-TAIL CINEMATOGRAFICO

Indiscreciones

Noticias

Anécdotas

Estrenos

Hollywood

La producción nacional

Biografía de Sylvia Sidney

Siendo una de las actrices más populares, no es una mujer a la moda... Fuera de la pantalla, le gusta vestirse para su comodidad, no para lucir ante los demás... Los tacones altos le parecen un instrumento de suplicio que debería pasar a la historia en compañía del corsé. Es frugal, pero coemiga declarada de someter su alimentación a régimen alguno. Suele tomar a la hora del almuerzo tomates y lechugas, preparados en lo que ella llama "ensalada económica", o sea sin aceite, vinagre ni aliño alguno. Le encanta el té bien cargado. Detesta el pan, y más si lo adorna la mantequilla. Leo mucho. Posee rica biblioteca, en la cual no escasean las ediciones raras y las de lujo. Entre sus obras favoritas cuentan las de medicina. Tal vez se deba a que el papá de la actriz es dentista. Ella misma dice que habría estudiado medicina si el cinematógrafo no le hubiera hecho perder la vocación.

Contra lo que podría suponerse por la indole de los papeles que representa en la pantalla, es de carácter festivo, amiga de bromas y muy ocurrente en ellas. Uno de sus pasatiempos predilectos es el cine. Tiene instalado en su casa un salón de proyección, donde se pasa a veces horas enteras. Un film — dice — es más cómodo que un libro, porque ve uno las cosas sin necesidad de imaginárselas cuando las lee; es también mejor que la vida, porque ve uno lo que pasa en ella desde un butaca. Sin vivir como una reclusa, no es amiga de la vida social. Las cartas, las damas, el ajedrez, en general, todos los juegos le parecen un modo muy ingenioso de aburrirse quienes los juegan, creyendo que se divierten. Su guardarropa ocupa una habitación, pero poco es lo que usa, porque, cuando se aficiona a un traje, lo lleva puesto hasta que queda casi inservible. Es apasionada de la música y de la pintura.

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL

NUOVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Valencia, 234 Apartado 707-Tel. 70857-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Sdad. Gral. Española de Librería, Barbadá, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 45

Guillermo Tell

PRESENTADA POR
FILMOFONO

Calle de Rosellón, 231
BARCELONA

Una obra heroica en la que aparece Suiza en su lucha por la independencia. Es el reflejo fiel de un pueblo oprimido que se alza en armas contra la tiranía extranjera y que despierta el llamamiento de la concordia, después de romper las cadenas de la dominación extranjera, defendiendo el derecho a la vida. — Interpretación de

Conrad Veidt

Narración literaria de
M. Nieto Galán

PRINCIPALES INTERPRETES

Guillermo Tell	Hans Mar
Gieseler	CONRAD VEIDT
Hilda	T. Loos

Dirección de

HEINZ PAUL

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

Guillermo Tell

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

EL MIEDO AL INVASOR

Vaux, Neuchâtel y Lucerna, los tres cantones en que se dividía Suiza en los tiempos del predominio austriaco, vivían la vida plácida y tranquila de sus campos, y la humildad de sus habitantes contrastaba con la grandeza de aquella Naturaleza de exuberante belleza, que jamás pintor alguno pudo llevar, en toda su sublimidad, al lienzo.

En las áridas montañas cubiertas de nieve, en las azuladas aguas de sus inmensos lagos, que parecían mares incrustados en la tierra, encontraban los ciudadanos la caza y los peces que habían de servirles de alimentos.

Todo era en aquel país quietud y sosiego. Nada turbaba la calma religiosa de sus costumbres ni alteraba la vida patriarcal de las familias.

Los indígenas amaban aquellas tierras como trozos de sus propias existencias y tenían a orgullo la libertad de que gozaba su pueblo, para poder amar a todos como si fueran verdaderos hermanos.

Mas aquella quietud, aquella bonanza de dicha empezaba a eclipsarse con la sombra de una ocupación extranjera, odiosa, como toda invasión y tiránica hasta la crueldad más refinada.

El Imperio austriaco quería extender sus dominios y se apoderaba de aquellos cantones, como medio para poder agrandar sus tributos y exigir a sus ciudadanos un esfuerzo que nunca podrían cumplir.

Muchos de ellos, antes de presenciar la invasión del extran-

jero huyeron de sus tierras, abandonaron sus pobres hogares, cruzaron aquellas montañas, llevando sobre sus caballerías el resto de sus bagajes, como única riqueza que les quedaba de lo poco que tuvieron.

Huían hacia Lucerna, el cantón más lejano a la dominación austriaca, pensando encontrar allí, entre los suyos, el pan que les quitaban los imperiales.

En Vaux todavía no se había sentido aquella dominación extranjera y la vida seguía el mismo ritmo lento y acompasado de siempre. Se respiraba todavía los aires de libertad y en todas las casas humeaba todavía el sabroso caldero ques servía de aliento a sus habitantes.

En este último cantón vivía un hombre a quien todos querían por su bondad, por su rectitud y por su carácter recio y leal, incapaz de doblegarse ante nadie, ni ante nada. Era Guillermo Tell, hombre de unos cuarenta años, casado con Hilda y de cuyo matrimonio habían nacido dos hijos, de los cuales el mayor contaba ocho años a la sazón.

Guillermo Tell era además considerado como el mayor tirador de ballesta de todo el contorno y su puntería era tal que jamás se escapó una pieza que estuviera al alcance de su flecha.

Volvió una tarde, después de haber terminado su trabajo por el campo, cuando al cruzar un rústico puente tropezó con una caravana de expatriados que iban huyendo de la invasión de los Imperiales. Guillermo Tell, extrañado al verlos, se acercó a ellos y les preguntó:

—¿De dónde venís?

—De Neufchatel — respondieron los pobres peregrinos.

—¿Os quedáis aquí?

—No — volvieron a decirle —. Vamos a Lucerna.

—¿Y por qué? — inquirió curioso Guillermo.

—Porque allí no llegarán los Imperiales — siguieron diciendo —. Han llegado a nuestros campos y son una maldición. Se han quedado con nuestras tierras, roban nuestros hogares y además nos exigen una esclavitud que no puede sufrir ningún pueblo libre.

Sin dar más explicaciones, la caravana continuó su camino y Guillermo Tell permaneció durante un buen rato contem-

plándola hasta que por fin desapareció tras una montaña próxima.

Sintió la pena de aquellos hombres como suya propia y por su mente cruzó el pensamiento de que los imperiales pudieran llegar hasta allí y hacer con ellos lo que habían hecho con los habitantes de Neufchatel.

Mas apartó de sí aquel pensamiento y llevándose las manos a la boca en forma de bocina gritó fuertemente, para que le oyeran desde su casa.

Resonó en los montes su voz y el mayor de sus hijos corrió a la puerta de su casa, a la vez que llamaba a su madre y la decía:

—Ya viene padre, mamá.

Hilda se asomó a la ventana y vió acercarse a lo lejos a su esposa. Sonrió satisfecha por su próximo arribo y volvió a entrar en su cabaña para preparar la comida.

Poco después llegaba Guillermo a su hogar y era recibido amorosamente por sus hijos y su esposa. Se respiraba en aquella humilde vivienda un ambiente de íntima dicha, de hogar bendito en el que los que lo ocupaban procuraban amarse mutuamente para que aquella paz jamás fuese turbada.

Hilda, cuando estuvo su esposo dentro, llevó a la mesa una cazuela con el guisado y apartó maternalmente la comida a sus hijos y a su esposo, se sentó luego ella también y todos se dispusieron a recuperar las fuerzas perdidas por el trabajo del día.

De pronto, Guillermo dejó de comer y se levantó de la mesa. Advertíase en su semblante un aire de profunda melancolía que no pasó desapercibido por su esposa, que lo siguió hasta cerca de la puerta preguntándole tímidamente:

—¿Qué pasa?

—Los imperiales — respondió Guillermo —. Ya han ocupado Neufchatel y pronto los tendremos aquí.

Hilda quiso apartar de su esposo aquel pensamiento pesimista y dulcemente se reclinó sobre su hombro diciéndole:

—No temas... Nosotros somos un pueblo libre y no vendrá el Emperador.

—Para él no hay libertad ni límites — respondió con infinita tristeza Guillermo —. Dios haga un milagro.

Hilda siguió animándolo con sus palabras cariñosas, aún

cuando interiormente sentía también aquel mismo temor que le expresaba su marido.

Y el pesimismo que éste sentía, no tardó mucho en confirmarse con la aparición de los soldados imperiales que empezaron a cometer sus tropelías que tan terribles los hacían.

Pasaron varios días y llegaron varios emisarios, que reunieron a los principales del cantón para notificarles que las tropas imperiales y el Delegado del Emperador no tardarían en llegar.

—Nos debeis sumisión y respeto y tendreis que acatar las órdenes del Delegado.

Entre los reunidos se hallaba un venerable anciano, encargado de administrar la justicia, leal ciudadano y a quien todos amaban y respetaban por sus exceisias virtudes. Al oír el anuncio de la llegada del Delegado Imperial, adivinó todo el dolor que causaría a su pueblo, todo el sufrimiento que le esperaba y sin poderse contener exclamó:

—¿No podemos consentir que nuestro pueblo esté a merced del extranjero!

El capitán de las tropas imperiales se echó a reír burlonamente y le preguntó:

—¿Y qué podeis hacer para impedirlo?

—Yo no se lo que harán los demás — exclamó el anciano — pero yo protesto enérgicamente.

El capitán volvió a reírse de la protesta del viejo y dió por terminada su conferencia, diciéndole:

—Esta tarde serán leídas en la plaza pública las órdenes del Delegado y procurat no contravenirlas, si en algo estimais vuestras vidas.

Salió el anciano acompañado de varios amigos, convencidos de que ya no tenía remedio el mal que se les avecinaba con la invasión del austriaco.

LA INVASION IMPERIAL

Tal como les había anunciado el capitán, aquel mismo día un heraldo leyó en la plaza pública las órdenes del Delegado del Emperador, que ordenaba lo siguiente:

"Se prohíbe salir de las casas, bajo pena de muerte, al llegar el amanecer.

Se prohíbe cazar sin permiso del Delegado, en ninguno de estos montes.

Se prohíbe pescar en los ríos y lagos de este cantón sin permiso del Delegado.

Todo aquel que lo haga, será sentenciado a muerte o a suplicio."

Los habitantes oyeron aquellas órdenes sintiendo en el interior de todos ellos la indignación que les producía el ver como les robaban la libertad aquellos intrusos y una llamarada de odio y de venganza cruzó por la mente de cuantos naturales habían.

Y desde aquel mismo día, cada uno de ellos fué un enemigo oculto que tuvo el Imperialismo; enemigo que fué procurando la ayuda del otro, para todos juntos arrojar de allí al invasor.

Al día siguiente se hallaba Guillermo Tell cazando por los montes, al mismo tiempo que el Delegado del Emperador se dirigía hacia el poblado. El tal Delegado era un hombre impulsivo, orgulloso de su predominio y de una crueldad refinada que jamás conoció límites. Sentía una gran satisfacción ante el dolor ajeno y jamás se detuvo ante injusticia alguna, ni sintió piedad ante ningún desvalido.

Cerca ya del poblado, divisó en lo alto de una roca una gacela que pastaba por allí y se apeó de su caballo, que entregó a uno de los soldados que le seguían. Se apoderó de su arco y encajando en él una flecha fué acercándose a la gacela para disparar sobre ella. Cuando estaba a punto de hacerlo cruzó otra flecha y el animal se derrumbó herido de muerte.

Guesler, que se llamaba el Delegado, quedó sorprendido al ver que sus órdenes no habían sido cumplidas, puesto que había quien se atrevía a cazar sin autorización suya y encolerizado por ello se dirigió hacia el lugar de donde había partido la flecha, encontrándose allí Guillermo Tell, que al verlo acercarse se puso en guardia como si temiese ser atacado.

Guesler apartó suavemente el arco de Tell y le preguntó altivamente:

—¿Como te atreves a cazar?

—Es el alimento de los míos.—respondió Tell.

—¿Quién eres? — preguntó otra vez Guesler.

—Un ciudadano libre — respondió con orgullo Guillermo Tell.

—Pues piensa que esa libertad depende de mí únicamente. Por esta vez te perdono, pero si vuelves a hacerlo te mataré sin compasión.

Guillermo Tell, durante un buen rato, se quedó mirando al Delegado del Emperador, pensando que desde muy pronto su pueblo empezaría a sufrir todas las humillaciones y privaciones que le impondría aquel hombre.

El Delegado, entre tanto, sin preocuparse más de Tell, ni poder pensar la influencia que aquél tendría en su vida, continuó su camino hacia la población.

Al mismo tiempo que marchaba, iba mirando todo el campo que se extendía ante él y en sus labios se dibujaba una sonrisa, entre irónica y burlona. Advertía la aridez de aquellas montañas, la escasez de prados y se daba cuenta de que su país poco productivo podría sacar de allí.

Hizo una seña al oficial que iba más cerca de él y le dijo:

—¿Os habéis fijado en estos campos?

El oficial, sin atreverse a dar su opinión hasta que el Delegado diera la suya, se limitó a decir:

—No he observado nada.

—Pues fijaos — volvió a decirle el Delegado—. Hay muy pocos sembrados y me parece que podremos sacar pocos beneficios para el Imperio.

—Sin embargo, es necesario — objetó el oficial.

—Necesario e imprescindible — exclamó con energía el Delegado—. Si sus campos no dan bastante para satisfacer los tributos, que lo busquen por otra parte. Lucerna está cerca y allí pueden conseguir la venta de sus ganados.

Por aquellas palabras se advertía que el Delegado estaba dispuesto a todo, antes que dejar de cobrar aquellos impuestos, aun cuando diesen lugar a que la ruina se enseñorease de aquellas comarcas.

Camino del poblado se encontró a una mujer a la puerta de una casita de mampostería, que se diferenciaba del resto de las viviendas. Por regla general todas las casas de los labradores estaban construidas con grandes troncos cortados de los árboles próximos. Con ellos construían sólidamente

las paredes y techos, y les servían para preservarse de los roedores de la nieve y del agua.

El Delegado quedó extrañado al advertir la diferencia de aquella vivienda y se acercó a la mujer, preguntándole:

—¿De quién es esta casa?

—Es de mi marido, señor — respondió tímidamente la mujer.

—¿Y quién es tu marido? — preguntó de nuevo el Delegado.

Antes de que ella pudiera responder a la pregunta del imperialista, apareció el marido de ella, que, habiendo oído al Delegado, le respondió:

—Soy yo, señor.

—¿Y cómo vives en esta casa diferente de las de los demás? — volvió a preguntarle el Delegado.

—Porque no tengo más remedio. En esta parte del monte bajan grandes corrientes en los meses del invierno y se llevarían la casa si fuera de madera.

No satisfizo mucho al Delegado aquella respuesta. Pensaba que un aldeano como aquél no tenía derecho a vivir en una casa de piedra y exclamó:

—¿No será que te gusta vivir como un señor?

—Nada de eso — respondió tímidamente el aldeano—. La razón es la que os he dado.

—¿Y quién te la ha construido? — inquirió el imperialista.

—Yo mismo, señor. Sé algo de ello.

—Está bien — terminó diciéndole el Delegado—. Si alguna vez me haces falta, me acordaré de ti.

Aquellas palabras encerraban una amenaza que el aldeano no dejó de comprender, pero sin embargo trató de disimular cuando su mujer le preguntó:

—¿Qué ha querido decir con eso?

—No lo sé, mujer — le dijo él—. ¿Crees acaso que se puede adivinar su pensamiento? Dice que se acordará de mí, pero lo mejor es que ni siquiera pensase que existimos en el mundo.

Y cogiendo cariñosamente a su mujer de la mano, la introdujo en la vivienda, mientras que el Delegado y su sequito seguían camino del poblado, diciéndole al oficial:

—No son tan pobres como creíamos. La prueba es que

viven como señores en casas de piedra... Lo tendré en cuenta para hacerle pagar mayor tributo que a ninguno. Este no se negará por miedo a que le quiten la casa.

Indudablemente en la mente de aquel hombre sólo cabía un pensamiento y era pensar en el mal que podía hacer. Jamás cruzó por su imaginación una idea bondadosa ni un pensamiento de caridad floreció en su corazón de piedra.

Y sin mirar siquiera al cazador le volvió la espalda y volvió a donde estaba su séquito esperándole.

La semilla del odio empezaba ya a dar sus frutos y en todos los hogares se conspiraba contra ellos, esperando el momento deseado de la liberación.

Guesler había instalado su residencia en la mejor vivienda de la población y no se daba cuenta de que su paso era visto por todos con un sentimiento de temor que se expresaba en las furtivas miradas que le dirigía. Además, había exigido al anciano que protestó de la invasión, para mayor vergüenza suya, que su hija Ana les sirviese de criada. La joven se opuso en un principio, pero su padre la convenció diciéndole reservadamente:

—Tienes que hacerlo. Tu presencia allí nos será provechosa. Te enteras de todo y nos lo dirás para ayudar a nuestros planes.

Y la joven, sumisa al deseo paterno, quedó de sirvienta en la casa del Delegado, donde éste solía reunirse con su capitán para dar las órdenes y combinar cuanto tenía que hacerse.

Empezaron inmediatamente los tributos, el apoderarse de las tierras, los embargos, en nombre de una justicia que no existía y las mazmorras que Guesler había convertido en cárceles se vieron llenas de pobres inocentes, por el único delito de no poder pagar los impuestos que les imponía.

Guillermo Tell veía todo aquello y en su alma se había levantado una tempestad de odio y de exterminio. Esperaba un momento propicio para que el triunfo fuera seguro y entre tanto sufría y callaba, como un condenado que no tiene derecho a protestar.

Mas el ambiente se hallaba tan enrarecido que el mismo Delegado lo advertía y le dijo a su capitán:

—Esta gente no pagan los tributos en la cuantía que yo les ordeno.

—Son imbéciles — respondió despectivamente el capitán—. Hay que ver como defienden estas tierras que no producen nada... Cada uno de ellos es un enemigo que tenemos.

—¡Pues yo acabaré con todos ellos! — exclamó irritado Guesler.

Cruzó a grandes pasos varias veces la estancia y al final llamó enérgicamente:

—¡Ana!... ¡Ana!

Apareció ésta en la escalera y el Delegado le ordenó:

—¡Trac vino!

Al cabo de un rato apareció la muchacha llevando una jarra de vino y tres vasos, que colocó en la mesa ante la cual se hallaban los dos oficiales de Guesler y éste. Sirvió el vino y mientras lo hacía el capitán la miraba procazmente, exclamando al fin:

—¡Siempre sin mujeres!

—¡Cuidado con lo que habláis! — les advirtió el Delegado, al mismo tiempo que la muchacha desaparecía.

—Con ésta no hay nada que temer — respondió riendo el capitán—. Es una inocente que no sabe dónde tiene la mano derecha.

Ana, en cuanto les sirvió el vino salió rápidamente de la casa y se fué en busca de su padre, para comunicarle lo que había oído al Delegado y su capitán y al mismo tiempo protestar de que la tuviera todavía allí con ellos, diciéndole:

—¡Padre, yo no puedo más!... ¿Cuándo me sacaréis de allí? Yo no quiero estar con ellos.

—Es preciso que tengas calma, hija mía — le dijo su padre—. El momento de nuestra libertad se acerca y todos hemos de poner de nuestra parte cuantos sacrificios sean menester.

Ana bajó la cabeza, convencida por las palabras de su padre, besó a su hermano Arnold y a su cuñada, y salió de la via no saben lo que es sufrir el yudo del extranjero.

Mientras tanto, en la casa de un labrador se reunían varios hombres para preparar la sublevación y uno de ellos decía a otro:

—Lo mejor será ir a Lucerna para que se una con nosotros.

—Lucerna no querrá unirse — respondió otro—. Todavía no saben lo que es sufrir el yugo del extranjero.

—Pero somos hermanos — intervino Guillermo Tell—. Cuando sepan las calamidades que llevan consigo los Imperiales, no dudarán sus hombres en prestarnos auxilio.

El padre de Ana movió la cabeza tristemente y murmuró:

—Nadie sabe lo que es el dolor, hasta que lo ha pasado. Pero no desmayéis, hijos míos. Debéis trabajar hasta que todos unidos luchéis por lo que os pertenece.

Los toques de unas cornetas silenciaron la conversación de los que estaban reunidos y se asomaron a la ventana para ver pasar a los Imperiales.

Estos llevaban a varios hombres atados a la grupa de sus caballos y uno de los que formaban la reunión exclamó con indignación:

—Nuevas víctimas que van a la cárcel.

—Esto es monstruoso — exclamó la mujer de Arnold, que presenciaba la escena—. ¿Cuándo os vais a cansar de sufrir tales afrentas?... Hay que luchar contra todos ellos. Es preferible la muerte a estos insultos.

Arnold miró a su mujer, en cuyos ojos resplandecía todo el odio que sentía por el extranjero, y exclamó:

—¡Llevas razón! ¡Es preferible la muerte a sufrirlos!... Lucharemos hasta que nos quede un soplo de vida. El pueblo que no sabe recular sus libertades no es digno de tenerlas.

Y abrazándose a su mujer, permanecieron unos segundos unidos, como si uno a otro quisieran protegerse de un peligro que presentían próximo.

LA CRUELDAD DEL DELEGADO

Seguían los abusos de los Imperiales. No había un momento de paz y sosiego en todo el cantón. Los tributos cada vez eran mayores y la miseria se enseñoreaba de todos aquellos infelices. Por primera vez, desde hacía siglos, se volvían a

ver recorrer los campos a mujeres desvalidas que llevaban en sus brazos a sus hijos, solicitando la caridad de los suyos, por tener a sus esposos en las cárceles, o porque habían sido muertos por los Imperiales.

El Delegado se divertía aplicando los más crueles suplicios y el infeliz que caía bajo su desgracia podía darse por muerto o inutilizado para el resto de su vida. No existía la piedad en aquel corazón que parecía hecho de piedra, en aquella alma en la que parecía albergarse todas las malas pasiones humanas y los campos permanecían abandonados, aumentando la miseria de aquellos pobres seres.

Todos ansiaban luchar, pero todos comprendían también que la lucha era desigual en aquellas circunstancias. ¿Qué podían ellos hacer contra un ejército disciplinado y armado? Ni siquiera tenían armas para atacar y en tales condiciones el sublevarse era un sacrificio inútil. Se veían obligados a una resistencia pasiva, que era lo que más desesperaba a los Imperiales, que advertían el odio que todos sentían hacia ellos y que les impulsaba a ser más despiadados con los indígenas. Continuamente las tropas del Delegado recorrían los campos, para vigilar que no se cazase, ni se pescase, como si pretendieran matar de hambre a todos los naturales, y una tarde se oscureció el cielo de pronto, resonaron los truenos con un estruendo horrísono y una lluvia imponente se desencadenó.

El capitán de los Imperiales, que recorría el campo, corrió con la escolta que llevaba hacia el poblado, pero la tempestad lo alcanzó antes de que pudiera ponerse a salvo.

Casualmente pasó por la casa del padre de Ana, cuya cuñada acababa de recoger la ropa que había puesta a secar y dentro de la casa se cuidaba de doblarla para guardarla. La esbelta figura de la muchacha se dibujaba tras los cristales de la ventana cuando el capitán acertó a pasar por allí y su lujuria se despertó con más fuerza. Sin decir nada a su escolta, la hizo detener y se apeó de su caballo. Los demás hicieron lo mismo y esperaron la orden de su jefe.

Este entregó las riendas del hermoso corcel que montaba al soldado más próximo a él y le dijo autoritariamente:

—¡Esperadme!

Entró seguidament a la casa de Arnold y desde la puerta preguntó a su mujer:

—¿Nos dejáis que nos cobijemos aquí hasta que pase el temporal?

La mujer de Arnold ni siquiera le respondió. Era tal el odio que sentia hacia ellos, que ni siquiera queria cruzar la palabra con quienes eran sus verdugos. El capitán, en vista de su silencio entró dentro de la estancia, cuidando de cerrar la puerta y se acercó más a la muchacha diciéndole:

—¿Estás sola?

La mujer de Arnold afirmó con la cabeza y el capitán, más seguro ya de la indefensión de ella, intentó cogerla por un brazo. Al contacto de aquel hombre huyó ella hacia el centro de la habitación, pero el capitán la siguió hasta allí e intentó abrazarla. La pobre muchacha gritó desesperada pidiendo socorro y el capitán, con los ojos desenfajados por el dresco, jadante el aliento y trémulo por la emoción que sentia en aquel instante intentó nuevamente besarla y ella dió otro grito pidiendo auxilio.

En aquel instante se abrió la puerta trasera de la casa y apareció Arnold. Iba armado de un hacha de cortar leña y al ver a su mujer en aquella situación, sin pensar en lo que hacia, descargó un golpe sobre el capitán, que cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Inmediatamente cogió a su mujer por una mano y la dijo:

—Huyamos antes de que entren los otros... Vamos hacia el lago.

Por la misma puerta que había entrado salieron los dos esposos y corrieron al lago, mientras que la escolta del capitán hacia esfuerzos por abrir la puerta y entrar para ver qué era lo que ocurría dentro, en vista de la tardanza de su jefe.

Horas antes de haber ocurrido este suceso, Guillermo Tell, acompañado de su hijito, se había trasladado a Lucerna. Gran conocedor de todos los secretos del lago, lo había cruzado con una lancha y pronto llegó a la casa donde vivía el jefe del cantón cercano, a quien le dijo:

—Vengo en nombre de todos los que sufrimos la invasión, para que nos protejas.

—Venid aquí, que tendréis mi protección — le respondió.



Guillermo Tell contemplaba
el avance de los Imperiales.



Las tropas imperiales se adueñaban
de aquellas tierras.



Quester, delegado
del Emperador.



- Soy un ciudadano libre.





El paso de los imperiales era como
una maldición para los campos.



El temor dominaba a los
infelices ciudadanos.



Tell les facilité la fuite.



- Il a sido... Tell.



—No se trata de eso — siguió diciéndole Tell—. Queremos que nos prestéis ayuda para recuperar nuestras libertades. Todos debemos estar unidos para arrojar de nuestras tierras al extranjero.

—¿Sabes lo que me pides? — le respondió el jefe del cantón—. Eso es tanto como declarar la guerra a los Imperiales.

—Eso es precisamente lo que queremos. Debemos uniros todos y de esa forma nuestra empresa será más fácil.

El jefe del cantón movió la cabeza negativamente y le respondió:

—Lo siento, Guillermo Tell, pero yo no me expongo a las iras de los Imperiales. Hasta ahora no han llegado aquí y no debemos ser nosotros quienes les avisemos.

—Pero no tardarán en llegar. Lo único que les detiene es que todavía no nos han dejado en completa miseria. En cuanto nuestros campos no produzcan y tú puedan obtener ningún tributo, vendrán hacia aquí.

—Pues entonces será el momento de que hablemos... Ya lo sabes, aquí siempre tendréis un albergue.

Guillermo Tell no quiso insistir más. Comprendía las razones que tenían para negarle aquella ayuda y volvió otra vez hacia su casa, en la misma lancha que había ido.

Cruzó el lago tranquilamente y cuando llegaba a la orilla opuesta, sintió unas voces que lo llamaban; miró hacia el lugar de donde partían y vio a Arnold y a su mujer que les hacían señas para que se acercasen.

Temiendo que les ocurriese algo y presintiendo más bien que huían de los Imperiales, Guillermo Tell impulsó con más fuerza la marcha de su lancha hasta llegar a la orilla para que subieran a ella los dos esposos.

—¿Qué ocurre? — preguntó Tell.

—Huimos de los Imperiales — respondió Arnold.

—¿Os persiguen? — preguntó Guillermo Tell—. ¿Por qué?

—He matado al capitán — respondió Arnold.

Guillermo Tell recibió la noticia con gran indiferencia y mientras los llevaba a lugar seguro Arnold le explicó cuanto había pasado.

—Has hecho bien — le dijo Tell—. Poco a poco irán pagando sus injusticias esos malvados.

Los soldados, tras no pocos esfuerzos, consiguieron abrir la puerta de la cabaña de Arnold y al entrar vieron tendido en tierra a su jefe. Corrieron a prestarle auxilio, pero pronto se dieron cuenta de que todo era inútil, puesto que era cadáver el capitán. En vista de ello corrieron a dar cuenta al Delegado de lo que pasaba y éste, tras un rato de meditación, les ordenó:

—Id a casa del padre de Arnold y que os diga dónde está su hijo. Si no quiere, traedlo aquí y le haremos hablar.

La orden fue inmediatamente cumplida y el pobre viejo, que estaba ajeno a cuanto había pasado, respondió a las indagaciones de los soldados respecto al lugar donde estaba su hijo.

—No he visto a mi hijo y no puedo deciros donde está.

—¡Mientes! — le gritó el que mandaba a los soldados—. Tú sabes donde se ha escondido y has de decirlo.

—No lo sé — respondió con energía el viejo—, y aunque lo supiera me dejaría matar antes de delatarlo.

—Pues vendrás detenido a presencia del Delegado.

Por toda respuesta el infeliz anciano extendió las manos para que se las atasen y poco después corría tras los caballos de los soldados, produciendo su paso por la población la indignación de los naturales, que con aquéllo sentían que su paciencia se acababa.

Media hora después el pobre viejo estaba en casa del Delegado. Ana lo vio llegar y comprendió que algo grave ocurría, mas ante el temor de perjudicar a su padre con su presencia o hacer más doloroso su cautiverio, se abstuvo de presentarse ante él y se deslizó por los pasillos tras los soldados, para ver qué es lo que hacían con el infeliz anciano.

El Delegado se hallaba junto a una gran hoguera de leña, cuando vio entrar al viejo, sonrió maliciosamente pensando que se habría negado a declarar. Se encaró con el jefe que mandaba los soldados y le dijo:

—¿No quiere hablar?

—No — respondió aquél secamente, mirando despectivamente al anciano, que con una actitud noble esperaba otro nuevo interrogatorio.

—¿Sabes que tu hijo Arnold ha matado a un capitán mio? — le preguntó el Delegado.

—No sé nada — respondió el padre de Ana, sin inmurtarse.

—¿Tampoco sabes donde está escondido, ni quien le ha ayudado en su fuga?

El viejo guardó silencio. Ni siquiera se dignó responder a la pregunta del Delegado, que mirando el hierro con que revolvía la hoguera exclamó:

—Pues si no quieres hablar, yo te haré que te se desate la lengua.

Ana, que escuchaba tras la puerta, sintió que la sangre se le helaba en las venas. Estaba segura de que aquel infame sería capaz de torturar a su pobre padre sin compasión alguna y tuvo que hacer un esfuerzo extrahumano para reprimir su angustia y no lanzarse al interior de la habitación y pedir clemencia.

El Delegado seguía mirando el hierro, que a efectos del fuego estaba al rojo y le dijo nuevamente al padre de Arnold:

—¿Te niegas a hablar?... ¿No quieres decir donde está tu hijo?

El mismo silencio anterior fué la contestación del noble anciano y el Delegado, apoderándose del hierro candente se acercó a él a la vez que decía a los soldados:

—¡Cogedle!

Estos se abalanzaron sobre el viejo y el Delegado fué acercándole el hierro al rostro y diciéndole:

—¿Quieres hablar?... ¿Quieres decir dónde está tu hijo?

Y ante el silencio del padre de Arnold, con una crueldad inaudita en un corazón humano, acercó el hierro a los ojos de aquel desgraciado, que no pudo evitar un grito de infinito dolor.

Ana le oyó y sintió que las fuerzas le faltaban. Para no caer al suelo se echó sobre la pared, ocultándose el rostro entre los brazos, hasta que oyó que se abría la puerta donde su padre había estado encerrado y advirtió que los soldados se habían marchado. Entonces se volvió hacia el lugar donde estaba la habitación del Delegado, y fué tal el dolor que experimentó, que ni siquiera supo dar un grito. Vió a su padre

con los ojos achicharrados y corrió a arrojarle a sus pies diciéndole:

—¡Padre, padre mío!

En aquellas palabras quería ella encerrar todo el inmenso amor que sentía por él y toda la angustia de que estaba poseída. Sin saber decir otra cosa, seguía repitiendo la palabra padre, mientras que el anciano la acariciaba amorosamente.

—Hija mía — le dijo, más atento a la libertad de su pueblo que a su dolor—. Ya no podré ver la libertad tan amada.

—Pero la oirás, padre mío — le respondió ella, llorando amargamente—. Todos seremos fuertes para vengarte y venceremos o moriremos en la lucha. No verás la libertad, pero la oirás... ¡Te lo juro!

Y a partir de aquel instante fueron más activas las gestiones de los naturales, para buscar el medio de vengar la afrenta causada al pobre viejo.

UNA FORTALEZA INEXPUGNABLE

Como todos los seres que en su vida no han hecho más que mal, el Delegado Guesler era un hombre cuya cobardía le hacía temer constantemente la muerte. A cada momento se creía víctima de un atentado contra su persona y quería estar seguro de que nadie podía acercarse a él. Para ello concibió la idea de edificar una inmensa fortaleza, cuya altura fuera una seguridad de que nadie podría llegar hasta él. Para realizar su pensamiento no le faltaban medios. Los bosques cercanos le daban sus árboles con los cuales podía construir las paredes de aquella fortaleza y los naturales de allí tenían fuerzas suficientes para emplearse en aquella obra, sin la menor retribución.

Inmediatamente puso en práctica su idea y se lanzó el pregón de que todos los hombres tenían que prestar su ayuda a la edificación de aquella fortaleza.

En lo más alto de una montaña, Guesler ordenó edificar aquella fortaleza, que era el refugio más seguro donde podía estar a seguro de cualquier tentativa, y los naturales de allí,

como si fueran esclavos, se veían talar los magníficos bosques y trabajar denodadamente, sin descanso alguno.

Con asombrosa rapidez la fortaleza iba elevándose hacia lo infinito, sin que Guesler se diera nunca por satisfecho hacia su altura. El ambiente de hostilidad que hacia él se respiraba le hacía temer por su vida, y por ello quería estar continuamente rodeado de su guardia.

Sahla, además, que la revolución se preparaba y que del otro cantón se habían pasado muchos habitantes a Vaux.

Y efectivamente era así. Entre los naturales de los dos cantones se había organizado la sublevación y sólo se esperaba, ya que los de Lucerna se dispusieran a acquirirlos.

Trabajo costó a Tell y a sus amigos convencer a los del cantón de Lucerna, pero, al fin, éstos, en vista de las crueldades del Delegado y pensando en que todos eran hermanos, aceptaron en unirse a ellos y quedó concertado que el día último de año en todos los picos de las montañas aparecerían grandes hogueras, como señal de ataque.

Las exigencias de Guesler eran cada vez mayor, sus arbitrarias órdenes cada vez más crueles y lo que no podía conseguir tal vez por las buenas, quiso conseguirlo con el terror y la crueldad. Continuamente daba órdenes para que los naturales advirtiesen su presencia y una de ellas fué el decirle a uno de sus jefes:

—Cuelga mi yelmo en una pica y colócalo en el centro de la plaza. Todos los de aquí tendrán que saludarlo como si fuera mi misma persona.

El oficial cumplió la orden y se leyó el bando, en el cual Guesler ordenaba que todos los naturales del país, al pasar por la plaza, saludasen al yelmo del Delegado, como si fuera su propia persona.

Mas aquella orden no fué obedecida por nadie y pasaban por la plaza sin darse cuenta de que allí había una pica y en lo alto un yelmo.

De ello fué advertido el Delegado, a quien le dijo el oficial:

—Señor, los campesinos pasan por la plaza y no saludan.

—¿Y por qué no los detenéis? — exclamó Guesler.

—Sería preciso detenerlos a todos — le respondió el oficial.

—Pues a todos se detienen... Es la única forma de acabar con ellos.

—Es que no es conveniente excitar los ánimos — le dijo el oficial —. Se advierte que esta gente está muy excitada.

—Pues yo los amainaré a fuerza de palos — exclamó Guesler, seguro de que el único medio de doblegarlos era el terror. Y para ver si era cierto que no se cumplía su orden de saludar al yelmo, salió a la plaza seguido de su escolta.

Al llegar a ella, advirtió que los soldados tenían detenido a un hombre y se acercó al tumulto, para indagar la causa.

Se apeó del caballo y se abrió paso entre los campesinos que protestaban de que hubiera sido detenido Guillermo Tell. Ante su aparición todos guardaron silencio y Guesler preguntó:

—¿Qué ha hecho este hombre?

—Se ha negado a saludar vuestro yelmo, señor — respondió uno de los soldados.

—¿Es cierto eso? — preguntó indignado Guesler.

—Es verdad — respondió Guillermo Tell, que abrazaba a su hijo como si temiese de que el invasor pudiera hacerlo víctima de su crueldad.

Guesler se fijó en la ballesta que llevaba Guillermo Tell y le preguntó burlescamente:

—¿Es cierto que eres buen tirador?

El niño, al ver que su padre no respondía, contestó con cierto orgullo:

—Mi padre es capaz de atravesar una manzana a cien pasos.

—¿Sí? — respondió Guesler, sonriendo diabólicamente—. Me alegro de que me lo hayas dicho, niño.

Vió que otro chiquillo llevaba una manzana en la mano y se acercó a él para quitársela. El chiquillo hizo ademán de defender la fruta, pero su madre, que lo llevaba en brazos, ante el temor de que pudiera ocurrirle algo peor, hizo que se la entregara al Delegado, que, una vez en poder de la manzana y sin abandonar su satánica sonrisa, se acercó otra vez donde estaba Guillermo Tell y su hijo.

Todos los presentes miraban silenciosamente al Delegado, sin que ninguno pudiera adivinar el pensamiento de Guesler. Este tomó al hijo de Guillermo Tell y lo llevó hasta un árbol

próximo, lo colocó allí y, poniéndole la manzana sobre la cabeza, contó cien pasos y llamó a Tell, diciéndole:

—Tira.

Un grito de espanto se escapó de todos los pechos. Aquella crueldad era inaudita y solamente podía ocurrirsele a un cerebro desequilibrado. Comprendíase que por mucha puntería que tuviese Guillermo Tell, en aquellas circunstancias había de fallarle. Su nerviosidad, ante el peligro que corría su hijo, sería más que suficiente para hacerle errar el tiro.

El Delegado se dio cuenta del dolor que sentía Guillermo Tell y sonreía satisfecho de ello, pensando en la amargura que en aquel instante sentía el desgraciado padre, puesto en el trance de tener que matar a su hijo.

Uno de los que se hallaban presente, sin poder contener su indignación, gritó:

—¡Ataquémosle... ¡Esto pasa ya de la medida de nuestra paciencia!

Mas antes de que pudiera dar un paso, fué detenido por los soldados de Guesler, que lanzó una burlona carcajada al ver la amenaza del desgraciado labrador.

Guillermo Tell doblegó su recio orgullo. Ya no se trataba de él, para quien nunca habría solicitado clemencia, se trataba de la vida de su hijo y por ella era capaz de todo. Ante el asombro de todos, se llegó a donde estaba el Delegado e hincándose de rodillas ante él, le dijo:

—Piedad, señor... Me pide algo superior a mis fuerzas.

—Tira — le ordenó nuevamente Guesler, sin sentir la más mínima compasión ante el dolor de aquel hombre, que suplicaba por la vida del inocente niño.

—Señor — siguió diciéndole Tell —, os pido nuevamente compasión para mi hijo. No excitéis al pueblo más de lo que está.

—¡Qué me importa a mí tu pueblo, ni todos vosotros! — exclamó despectivamente Guesler —. Si no te atreves a tirar, haré que lo haga uno de mis soldados.

Guillermo Tell seguía hincado de rodillas suplicando, cuando su hijo le gritó con un tesón admirable y mucho más a aquella corta edad:

—Padre, no supliques y tira... Antes prefiero morir, que deberle la vida a ese hombre.

El Delegado miró al pequeño, admirando interiormente

el valor de aquella criatura. Si alguna duda le quedaba del odio que todos sentían hacia él, le hubiera bastado aquellas palabras del niño, para comprobar que el odio de todos hacia su persona llegaba hasta los aires más inocentes.

Guillermo Tell, al oír a su hijo, sintió renacer en él todo el orgullo de su raza. Era su propio pequeño el que le daba un ejemplo de su altivez y con los ojos llameantes por la palabra se alzó del suelo y se colocó a la distancia que le había indicado el Delegado.

De su escarcela sacó dos flechas y, después de contemplarlas un instante, volvió a guardarse una, colocando la otra en el arco.

Todos los que presenciaban aquella escena miraban horrorizados a Guillermo Tell y al desventura niño, cuya vida dependía de la suerte de su padre. Nadie pensaba en que Tell pudiera clavar la manzana en un estado de excitación como el que se hallaba y estaban seguros de que la muerte de la inocente criatura era segura.

No obstante, el niño permanecía tranquilo, sin demostrar el menor miedo y advertíase en él tal serenidad, que causaba la admiración de cuantos le contemplaban.

Los hombres cerraban los puños hasta clavarle las uñas en la carne, para contener la indignación de que estaban poseídos, mientras que las mujeres lloraban silenciosamente, pensando en el dolor de aquel padre y en su angustia.

Guillermo Tell, con el rostro contraído por el dolor, respiró fuertemente y extendió el arco de su ballesta, a punto para su hijo y éste permaneció inmóvil, esperando el momento fatal.

Tell, durante unos segundos, permaneció con el arco extendido sin atreverse a disparar, y de lo más profundo de su corazón dirigió una plegaria a Dios, pidiendo por la vida de su hijo y porque le diese la serenidad necesaria para hacer blanco sin causarle daño.

De pronto silbó la flecha en el aire y todos cerraron los ojos para no ver aquel infanticidio que cometía el Delegado, pero, al abrirlos, un grito de asombro y de alegría se escapó de todos ellos. La manzana estaba clavada en el árbol y el pequeño corría sano y salvo al lado de su padre.

El rostro del Delegado se contrajo tristemente al ver que

su crueldad no había producido efecto y se acercó a Guillermo Tell diciéndole:

—¿Para quién era la otra flecha?

Tell guardó silencio sin querer responder a la pregunta y el Delegado le dijo nuevamente:

—Si dices la verdad, te perdono... ¿Dime para quién era la otra flecha?

—Para vos si no hubiera acertado — respondió Tell.

Si algo faltaba para producir la desesperación del Delegado fueron aquellas palabras de Tell y, volviéndose a sus soldados, les ordenó:

—Detenedle, lo llevaremos a la cárcel más inmunda de Austria.

Quiso el pueblo evitar la detención de Tell, pero lo único que consiguió fué que la soldadesca la emprendiera contra ellos a golpes y más de una mujer tuviese que sufrir los malos tratos de los invasores.

LA HUIDA

A pesar de la fuerza con que contaba Guesler, no se atrevía a sacar del país a Tell. Temía que los naturales pudieran sublevarse en un momento de desesperación y aun cuando ni armas tenían, Guesler sabía que un pueblo amotinado es capaz de vencer a cualquier ejército que se le ponga delante.

Aun seguía prestando sus servicios en la nueva fortaleza. Guesler no había querido privarse de ella y la muchacha le servía, esperando el momento de poder ser útil a los suyos.

Sabía que en el campo se preparaba el alzamiento. Tan solamente hacía falta que llegase el momento para que todos los ciudadanos como un solo hombre se alzasen contra el tirano y esto la obligaba más todavía a permanecer en aquel puesto, desde donde podía ser tan útil para los suyos.

Su pobre padre, ciego a consecuencias de las quemaduras que le había hecho Guesler, esperaba confiado en la victoria de la justicia y de la razón. Tenía fe ciega en la bondad divina y pensaba que Dios no podía dejar sin castigo a quien tan inhumanamente trataba a sus semejantes.

De todas partes, sigilosamente, sin despertar la menor sospecha, iban llegando los campesinos para prestar su ayuda en cuanto la sublevación se realizase y ya solamente faltaban las armas para atacar al tirano.

La única que podía facilitarles era Ana. Durante su estancia en casa del Delegado había descubierto donde se escondían y ella misma sería la que llevase a los suyos a apoderarse de ellas para poder hacer frente a los soldados.

A la noche siguiente del día en que fué detenido Tell, Guesler dió la orden de trasladarlo. Para mayor seguridad ordenó que preparasen una gran barca y de esa forma atravesarian el gran lago, sin necesidad de exponerse por el campo.

La noche se presentó con síntomas de borrasca. Un cielo nebuloso ensombreció durante todo el día el campo y un aire fuerte empezó a soplar llegado el atardecer. En los picos de las montañas se veía una densa humareda formada por las nubes que parecía iban a chocar con las puntiagudas cumbres de las montañas y quebrarse.

A pesar de ello, Guesler, que quería sacar cuanto antes de allí a Tell, dió la orden de partida. Escogió a sus mejores soldados y sigilosamente partieron hacia la orilla del lago, llevando fuertemente amarrado a Guillermo, como si fuera el más perverso asesino.

Una vez que llegaron a la lancha, hizo atar al prisionero al palo de la vela y dió orden de partir inmediatamente.

El fuerte viento que empezaba a soplar hinchó la vela de la lancha y ésta emprendió una marcha fugaz hacia la orilla contraria.

Para atravesar el lago de una orilla a otra se tardaba unas tres horas. La inmensidad de este lago, enclavado en plenas montañas, le daba el aspecto de un verdadero mar y, cuando se encrespaban sus olas, adquirían proporciones gigantescas.

Difícilmente la lancha seguía su curso, impulsada cada vez con mayor fuerza por el viento, que por segundos iba adquiriendo mayor empuje. La vela a punto de estallar parecía el vientre de un monstruo y, cuando se hallaban en la mitad del camino, un estallido atronó el espacio.

—¡La vela!— exclamó el timonel asustado.

Guesler con una densa palidez en el rostro miró al que conducía la embarcación y le preguntó:

—¿Hay peligro?... ¿Crees que podremos zozobrar?

—Lo temo, señor — respondió el timonel—. Para salir con bien y poder ganar la orilla hace falta un hombre que conozca bien el lago.

—¿Quién de los que vamos aquí lo conoce? — preguntó Guesler temiendo por su vida.

—El único que puede salvarnos es Guillermo Tell — respondió el timonel.

—Pues desátalo y que guíe él mismo.

Los soldados se apresuraron a desatar a Guillermo Tell y el Delegado le dijo:

—Hazte cargo del timón y llévanos a la orilla.

—¿A cuál? — preguntó Guillermo.

—A la que sea con tal de que salgamos de aquí.

La barca cada vez se alzaba más entre las encrespadas olas y Guesler experimentaba la sensación que en uno de aquellos vaivenes quedarían sepultados bajo las aguas del lago.

Con un dominio absoluto de lo que hacía, Tell se apoderó de la "manuela" del timón y sus brazos hercúleos fueron guiando la lancha hacia la misma orilla que habían abandonado un momento antes.

Tell quería ir hacia allí, porque era el sitio propicio para poder huir. Conocía palmo a palmo todo el lago y sabía de los sitios propicios para poder llegar hasta casi la misma orilla.

Guesler, sin darse cuenta de las intenciones del prisionero, sólo pensaba en salvarse y por lo mismo lo dejaba hacer a su antojo, sin oponer reparo alguno.

Al cabo de una hora de luchar con la inclemencia del tiempo, llegaron a la orilla y, antes de que nadie pudiera evitarlo, Tell saltó a tierra y corrió a internarse en los montes, mientras que los otros sólo pensaban en saltar a tierra para verse libres del peligro que habían corrido.

LA SUBLEVACION

Durante varios días, Guillermo Tell anduvo recorriendo los campos y huyendo de los soldados que el Delegado había mandado en su busca. Era casi imposible que ninguno de

ellos pudieran dar con él. Conocía palmo a palmo todos aquellos montes y se trasladaba de uno a otro con la agilidad de un gamo.

Además daba la voz de alerta para que todos estuviesen preparados, ya que llegaba el día señalado para atacar la fortaleza. Ana había sido avisada y esperaba también la llegada de los suyos para facilitarles la entrada a aquella fortaleza que de otro modo hubiera sido casi imposible tomar.

Guesler, desesperado ante la inutilidad de la busca de sus hombres y viendo que nada conseguían para detener a Guillermo Tell, salió él mismo en persona para detenerlo, acompañado de una gran escolta. Desde la alto de una montaña, Tell adivinó más bien que vió a Guesler y todo el odio que sentía en su corazón se desbordó en aquel instante en que lo podía tener a su merced. Se situó entre las copas de dos árboles y esperó a que fuera acercándose el cortejo en el que iba el Delegado. Cuando estuvo a una prudencia instancia, disparó una de sus flecha contra el Delegado, que de pronto se sintió herido en el pecho.

El tiro tampoco le había fallado a Tell y Guesler cayó moribundo sobre la grupa del caballo que montaba. El oficial que le acompañaba corrió a prestarle auxilio y Guesler pudo decir únicamente:

—Ha sido... Tell.

Inmediatamente los soldados se refugiaron en la fortaleza, llevando consigo el cadáver de Guesler y el jefe dió la orden de preparar la defensa de la fortaleza, seguro que después de la muerte del Delegado los nativos intentarían apoderarse de aquel recinto que sería tanto como obtener la victoria.

No andaba equivocado al pensar así. La noticia de la muerte del Delegado corrió como reguero de pólvora y de todas partes acudieron para dar la batalla decisiva aquella misma noche. En los picos de las montañas próximas se encendieron grandes hogueras para avisar a los que todavía no sabían nada y rápidamente fueron reuniéndose.

El plan que habían concebido era atacar a los que se hallaban en la fortaleza por dos sitios distintos. Mientras que unos intentaban entrar por la puerta principal, otros, ayuda-

dos por Ana, entrarían por la parte inaccesible de la que no se preocuparían los soldados.

En efecto, la mitad de los sublevados se dirigieron hacia la puerta principal y dieron muestras de pretender entrar. Dentro de la fortaleza todos se hallaban preparados a defenderla, pensando que sus armas suplirían a la fuerza numérica de los atacantes.

Pero mientras tanto, Ana arrojaba gruesas maromas a los que se hallaban en la parte posterior de la fortaleza y los ayudaba a entrar, entregándoles las armas de las cuales previamente se habían apoderado. Una vez todos dentro y debidamente armados, corrieron hacia donde estaban los demás soldados.

Estos, al verse sorprendidos con la presencia del enemigo, intentaron resistir, mas todo fué inútil. Aquello era un huracán desencadenado que no había fuerza humana que pudiera detenerlos y, mientras unos luchaban, otros corrieron rápidos a la puerta para franquear la entrada a los que esperaban fuera.

Cegidos entre los dos bandos, los soldados no tuvieron más remedio que rendirse finalmente y los naturales quedaron dueños absolutos de todo lo que en razón les pertenecía.

Había sido tan tremenda la derrota, que desde el Imperio se trató paces armoniosas, reconociendo a los cantones su independencia y el derecho a no acatar más leyes que las que ellos mismos se imponían.

El día en que fué completa esta victoria, volvieron a encenderse en lo alto de las montañas grandes hogueras y todos los habitantes de los tres cantones se estrechaban las manos en señal de eterna unión.

Poco después se formó un círculo alrededor de una de las hogueras y todos a una gritaron entusiasmados:

—¡Siempre juntos!... ¡Queremos ser siempre hermanos!... ¡Nunca faltaremos a nuestro Juramento.

Y como un eco de paz y de concordia, como un grito de humana hermandad, resonaron sus voces por aquellas montañas, cuyo eco respondieron con idénticas frases a los que de tal forma tomaban al hombre por hermano y a la Humanidad por madre de todos.

El anciano padre de Ana había querido también ir con

ellos a la cumbre de las montañas. El no podía ver la victoria, pero podía oírla, quería ser también de los que prestasen el juramento de mutuo apoyo, quería oír también como los hombres de los tres cantones se comprometían a defenderse mutuamente y no consentir que nunca más invadieran sus tierras ni atropellasen sus fueros.

Los tres cantones formarían desde aquel día una sólo y sabrían dar sus vidas los unos por el otro. Aquella era la ilusión que siempre había soñado el padre de Ana y por eso, ya que sus ojos habían sido achicharrados por el maldito invasor, quería por lo menos oír que los suyos se juramentaban contra el sanguinario país que así los había tratado.

En medio de aquella solemnidad que imponía al espíritu más sereno, el buen anciano levantó su voz y les dijo:

—Ya habéis visto, hijos míos, como la maldad tiene siempre su castigo y el bien resplandece siempre. Nuestra es la victoria de la justicia y de la razón. Desde hoy seremos todos hermanos, todos estaremos unidos en las penas y en las alegrías y cada cantón debe correr en auxilio del otro, en los momentos de desgracias. Ese juramento de hermandad que habéis hecho, no debe jamás romperse, para que al correr de los años se os respete y tema. De esta forma conseguiréis que ningún extraño invada nuestro suelo, donde reposan los restos de nuestros padres y donde yacen las cunas de nuestros hijos.

Al terminar aquellas palabras, cuántos estaban allí, sintiendo la emoción que se desprendía de los consejos del viejo, prorrumpieron en un nuevo grito de unión y el eco de las montañas volvió a repetir con una voz divina.

—Todos somos hermanos... Paz a los hombres de estas montañas.

Cock-tail cinematográfico

Otro acontecimiento de la cinematografía americana. La productora "Paramount Films", presentará el próximo sábado de Gloria, la grandiosa película "Tres lanceros de Bengala", alarde de técnica, y emocionante asunto, basado en una famosa novela. La prueba privada de este hermosísimo film, constituyó un clamoroso éxito.

* * *

"MIS VOZ 1935". Ha correspondido este título a la señorita Isabelita Pradas, en el concurso organizado por C. I. F. E. S. A., cuyo éxito enorme, demostró una vez más, la buena acogida que el público dispensa a esta firma productora.

Mis Voz 1935 ha terminado ya la impresión de su primer film, cuyo título es YO SOY UN SEÑORITO, bajo la dirección del célebre animador Florián Rey, con música del maestro Azagra y letra de los populares autores Bolaños y Jofre. En este "sketch" acompaña a la flamante artista cinematográfica, Miguel Ligeró.

* * *

Sensacional. El célebre y mundial Charlot, se ha vuelto a casar... El casamiento ha sido secreto, y la agraciada ha sido su "partenaire", Paulette Goddard. Como es un secreto a voces, rogamos a nuestros simpáticos lectores que nos guarden la reserva, pues ya es sabido que estos enlaces del célebre mimo todo el mundo se entera antes de que se celebren. ¡Cuidado!

* * *

Los dos cómicos inseparables Laurel y Hardy, ahora se separan. Laurel ha pedido un descanso para disfrutar los miles de dólares que ha ganado y Hardy más ambicioso, seguirá trabajando, y por amor propio se dice que no reinaba el compañerismo entre ambos, y que Hardy quiere demostrar que sin Laurel conseguirá los mismos éxitos... Y este último dice que sin su colaboración, Hardy fracasará.

Entendemos que ninguno de los dos está en lo cierto, pues ellos dos se completaban y la falta de uno se hará notar. Al tiempo.

* * *

TURANDOT (Princesa China). Gran film de UFA y que como todas sus producciones llamará la atención. Son protagonistas Kate de Nagy y Willy Fritsch. Se nos asegura se trata de algo serio. Presentación fastuosa, vestuario caprichoso y asunto romántico. ¿Qué querrán más las admiradoras del séptimo arte?

* * *

ELYSIA, el paraíso de los desnudistas. Otro film de esta índole que es un canto a la madre naturaleza, un himno al sol, al aire...

* * *

LOS NIÑOS EN EL CINEMA

Si difícil resulta para todos alcanzar un renombre en el mundo del cinema, mucho más lo resulta todavía cuando se trata de personajes infantiles. Son contados los que han obtenido un renombre verdaderamente universal, mucho más si se tiene en cuenta la infinidad de nombres infantiles que han pasado por la pantalla. Sus actuaciones se han limitado la mayoría de las veces a interpretar el pequeño papel requerido y desaparecer seguidamente para caer en el más completo de los olvidos. Las excepciones de esta regla general podría limitarse a los contados nombres de los Cooper, Coogan, Mitzi Green y algún otro.

Otra de estas excepciones, casi la más importante, es la que acaba de registrarse últimamente: ésta es la de Shirley Temple, la extraordinaria niña de cinco años de edad que ha conseguido un renombre de excepción entre todos los públicos. Después de una pequeña aparición en un papel suplementario, Shirley Temple se presentó al público con la película "Gracia y simpatía", en la que ocupa el primer plano preferente, secundada por James Dunn y Claire Trevor. El caso de la pequeña actriz es uno de los más prodigiosos en cuanto a intuición artística. Para ella su trabajo es un juego e interpreta del mismo modo que viviría los acontecimientos filmados. Esto, si bien es una cualidad, resulta casi también un defecto, ya que resulta un trabajo extraordinario para los directores para hacerle tomar el debido interés en estudiar sus papeles. Pero todo lo que se pierde en estudio se gana en espontaneidad. Shirley Temple conquista a los públicos por esta gracia y simpatía tan espontáneas.



CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentino
Anacra Malibeli
Dayla Herrera
Luisa Fina
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Pupaot. De
-mare
Eduardo Hienro
Giliberti
Mario Viamont
De Val
Magaldi, Noda

FILMS SOVIETOS

Jaquette Mae Donald
Lidia Harry
Marina Dietrich
Janet Gaynor
Mig. Lemonsier
Carmelita Aubry
Maurice Chevalier
Jean Klopura
Joel Mollen
Roberto Roy
Charles F. Zell
Henry Garer

FIJIAN

Botiquella, Barrera

TANONES

Hipólito Lázaro
Miguel Piers
Emilio Vexórell

BARITONOS

Emilio Sagr-Barba
Marcelo Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Jorge

VEDETAS DE RE- VISTA

Celia Giner
Olivia Rodríguez
Marcelita Caramal
Luisa Plañon

RECETNICOS

Heleno Negri
Rempor
Alady
Lora

TENADILLERAS Y DUOPLES

Rafael Melles
Mercedes Berón
Elvira de Amaya
Luisa Baturo
Conchita Piquer
Estrellita Castro
"La Tumbona"

CANTE JONDO

La copla andaluz
Cuadros Ramiro
"Aventurera"
Remarilla de Tréne
Sino de Harcelona
Ascello
Lola Calisto

LOTAS

ARAGONESAS

Felisa Galea

RUMBA Y CAN- TON CUBANOS

Josefina Baker
Edu. Bayona
Alberto H. Gilmore

CANCIONES MEXICANAS

Lope Rivas Chido
CANCIONES AME-
RICANAS Y DE
JAZZ

Trini Moten

ORQUESTAS

Orquestra Pizarra

CANCIONERITO

Las 100 óptas po-
-ta selectas.
Olivia de Corbina

PERDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Revisamos números sueltos y colecciones completas, previo sueldo del im-
porcu tu sello de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Envíenos gratis.



